

# Capítulo IV

## La batalla de Tarifa en las historias musulmanas

*Selección de los textos por Wenceslao Segura González  
Instituto de Estudios Campogibraltareses*

### **Sinopsis**

*Los antiguos historiadores musulmanes no dedicaron mucha atención a la derrota en la batalla de Tarifa o del Salado. No obstante, a pesar de la cortedad de sus relatos, ofrecen gran interés porque se centran en exponer las razones de la derrota. Ibn al-Jatib, Muza II de Tremecén e Ibn Jaldun dan los relatos más fiables, que fueron usados por historiadores posteriores.*

**Palabras claves:** *Batalla del Salado, Batalla de Tarifa, Al-Jatib, Ibn Jaldun, Muza II de Tremecén.*

**Abstract:** *Former muslim historians not devoted much attention to the defeat at the Battle of Tarifa or of the Salado. However, despite the shortness of their stories, offer great interest because they focus on exposing the reasons for the defeat. Ibn al-Khatib, Ibn Khaldun, Muza II of Tlemcen give the most reliable accounts, which were used by later historians.*

**Keywords:** *Battle of Salado, Battle of Tarifa, Al-Khatib, Ibn Khaldun, Muza II of Tlemcen.*

### **Documento 1**

[IBN AL-JATIB: *Historia de los Reyes de la Alhambra*, traducción de José M<sup>a</sup> Casciaro Ramírez y Emilio Molina López]

El granadino Ibn al-Jatib (1313-1374) fue un autor prolífico y polifacético. En su obra histórica y biográfica dejó algunos comentarios sobre la batalla de Tarifa o del Salado, en la que personalmente participó y en donde murió su padre.

Luego [Yusuf I de Granada] sufrió las violencias del enemigo. El día de la magna batalla en los alrededores de Tarifa se cubrió de gloria por su aptitud. Mereció todos los elogios su tenaz resistencia, cuando la invasión y la opresión del enemigo sobre el país [...]

Primeramente en Fez, corte imperial del Magrib: el sultán, el

de cumplida magnificencia, Abu l-Hasan Ali B. Uthman b. Yaqub b. Abd al-Haqq. Pasó en su tiempo [de Yusuf I] a al-Andalus, inmediatamente después de la plegaria del viernes 9 de safar del año 741 [4 de agosto de 1340], después de haber derrotado a la flota cristiana, convocada de todos los puntos de la cristiandad, en la grande y célebre batalla, en la que se apoderó de utensilios, armas y barcos, para mucho tiempo, y se estableció en Algeciras con un gran ejército. Su travesía había sido realizada en ciento cuarenta naves de guerra. [El rey Yusuf] acudió al encuentro al frente de los jefes andalusíes y los primates de las diversas clases de ellos, a las proximidades de Algeciras, el día 20 justo de aquel mes [15 de agosto de 1340]. Después de celebrar la fiesta del Nacimiento del Profeta, atacó la ciudad de Tarifa: aplicó contra ella los almajaneques y apretó su asedio. Los sitiados llamaron en su auxilio al tirano de los cristianos que estaba en su capital. Acudió éste al frente de un ejército abundante y bien armado. Se libró el combate el lunes 7 de chumada I de aquel año [30 de octubre]. Probó Dios a los musulmanes en aquella célebre batalla y se vio obligado el sultán marroquí a apresurarse por alcanzar el Magrib, derrotado en la causa de Allah, paciente, resignado, deseando ardientemente rehabilitarse y esperando el desquite [...]

Era éste Alfonso XI un tirano temible y un rey afortunado, en cuyo favor soplabla el viento; por él se agravó el tormento de los musulmanes en la magna batalla de Tarifa [...]

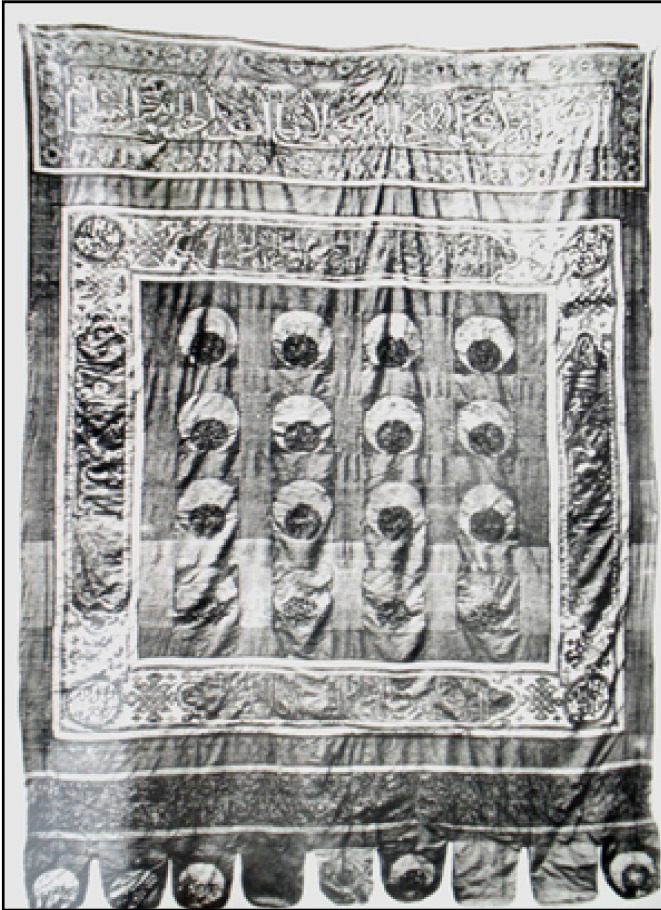
En su tiempo [de Abu l-Hasan] ocurrió [el victorioso] combate naval contra la flota de los cristianos; luego la derrota de los musulmanes en las afueras de Tarifa, según se hizo antes alusión.

IBN AL-JATIB: *Historia de los Reyes de Granada: el resplandor de la luna llena acerca de la dinastía nazarí (Al-Lamha al-badriyya)*, Universidad de Granada, 2010, pp. 213-214, pp. 216-217, p. 220 y p. 222..

## Documento 2

[IBN AL-JATIB: *Al-Ihata fi ajbar Garnata*]

[Ibn Bakr] falleció en el infortunio de los musulmanes el día de la lucha de Tarifa [muriendo], como mártir e incitando [a la lu-



**Ilustración 28.- Enseña personal de Abu Said Otsmin, sultán de los benimerines, capturada en la batalla del Salado. Tamaño del paño 2,80 x 2,20 metros. Tesoro de la Catedral de Toledo.**

cha]. [Algunos que estuvieron en la batalla] contaron que una mula sobre la que iba cayó de bruces con él pero [Ibn Bakr] se levantó manteniendo la serenidad y reuniendo sus fuerzas; [entonces] uno [de los combatientes musulmanes] derrotados le indicó que montara, pero no tuvo fuerzas para ello y [le] contestó: «¡Marchate! Este es el día de la alegría», haciendo referencia a la palabra de Dios, ensalzado sea, sobre los mártires: ‘contentos por el favor que

Dios les ha hecho'. Y aquello sucedió en la mañana entrada del lunes 7 de yumada I del año 741. (Citado por VIDAL CASTRO, Francisco: «Mártires musulmanes en la frontera nazarí. La batalla del Salado o de Tarifa (1340)» en *V Jornadas de Historia de la Abadía de Alcalá la Real*, Diputación Provincial de Jaén, 2005, pp. 753-764).

[Ibn Salmun] falleció en la enorme batalla de Tarifa el lunes 7 del mes de yumada I del año 741. Y alguien del ejército que lo vio afrontando el dolor, pues tenía una herida en el pecho que manaba sangre, y manteniendo la serenidad, fue el último contacto con él» (Citado por Francisco Vidal Castro, ob. cit.)

[...] el ejército del rey Alfonso de Portugal se enfrentaba con nuestro ejército. Lo habíamos atacado y estábamos a punto de vencerlo, cuando intervino el ejército de reserva, colocado detrás, entre los dos reyes, para reforzar el primer flanco del ejército cristiano que fuera derrotado. Así, esa reserva acudió en apoyo de nuestro enemigo y fue la causa de su victoria". (Citado por MOLINA LÓPEZ, Emilio: *Ibn Jatib*, Comares, 2001, p. 69). \*

### Documento 3

[IBN JALDUN: *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, traducido por Le Baron de Slane]

Ibn Jaldun (1332-1406) historiador norteafricano de origen andalusi, considerado el fundador de la moderna historiografía.

*El emir Abu Malik muere combatiendo a los cristianos*

Después de desembarcarse de su enemigo [el soberano de

---

\* «El día de la lucha [Ibn Yuzayy] le recitó unos versos de un poema suyo en los que rogaba al Señor 'el martirio de Dios' para así borrar sus faltas y conseguir la salvación, y al terminar de recitar le dijo: 'Espero que Dios me dé lo que le he pedido en estos versos. Su deseo se cumplió y murió a la primera hora de la mañana [dahwa, antes de la hora duha, mañana avanzada] de ese día 'a manos de los infieles' en la batalla, espoleando e incitando a la gente a luchar, con cuarenta y seis años de edad» (citado por Francisco Vidal Castro, ob. cit.)



**Ilustración 29.- Panel de cerámica portuguesa representando un momento de la batalla del Salado, obra de Victória Pereira. Grabado del patio del Museo Militar, Lisboa.**

Tremecén], Abu l-Hasan terminó prontamente los asuntos que sobrevinieron después de la victoria, y, para satisfacer una pasión dominante en su casa, resolvió emprender una guerra santa. Después del reino de Usuf Ibn Yacob, los merinidas tuvieron tanto que hacer en su país que ellos dieron a los cristianos la ocasión de obtener la superioridad sobre los musulmanes de Andalucía. Así, el rey [de Castilla] les conquistó muchas fortalezas, y conquistó Gibraltar [en 709-1309]; después, asedió al sultán Abu l'Oulid en la capital del imperio granadino, le obligó a pagar la capitación y se dispuso a someter a todos los verdaderos creyentes que habitaban en España.

El sultán Abu l-Hasan, habiendo al fin vencido a sus enemigos y agrandado su reino, tomó la resolución de hacer la guerra a los infieles y, en el año 740 [1339-40], advirtió de eso a su hijo, Abu Malik, que mandaba entonces las fortalezas merinidas en España, y le envió orden de invadir el territorio enemigo. Le expidió, al mismo tiempo, un cuerpo de refuerzos y muchos visires. Abu Malik penetró, a la cabeza de un ejército numeroso, en los estados del rey cristiano y extendió la devastación; enseguida volvió con los pri-

sioneros y el botín hasta la frontera y levantó su campo. Los oficiales bajo sus órdenes sabían que los cristianos habían reunido sus fuerzas y avanzaban rápidamente: así, le aconsejaron evacuar el territorio del enemigo, entrar en el de los musulmanes atravesando el río que les separaba, y proteger sus tropas en las ciudades pertenecientes a los verdaderos creyentes. Demasiado fiero para retroceder y demasiado joven para tener la experiencia necesaria en la conducción de la guerra, este príncipe, tan terco como valiente, resolvió vivaquear en la posición donde se encontraba. Resultó que los merinidas, sorprendidos en su campo por el ejército cristiano, despertaron sobresaltados, antes de poder salir de sus tiendas y montar a caballo, fueron casi todos destrozados. El emir Abu Malik cayó mortalmente herido en el momento en que iba a montarse en su silla. Los cristianos se apoderaron de todas las riquezas que había en el campamento y se volvieron a su país.

*La flota musulmana alcanza una victoria sobre los cristianos*

Cuando el sultán se enteró de la muerte de su hijo, envió a sus visires a las poblaciones marítimas a fin de presidir el equipamiento de sus navíos de guerra. Abrió al mismo tiempo la oficina de enrolamiento; después, habiendo pasado revista a sus tropas, proveyó de todas sus necesidades, llamó a las armas a los diversos pueblos del Magreb y partió para Ceuta con la intención de supervisar en persona los preparativos de esta nueva expedición. Los cristianos, por su parte, se dispusieron a hacer una vigorosa resistencia, y su rey envió una flota al Estrecho a fin de impedir el paso.

Mientras que el soberano merinida apresuraba el armamento de los navíos que se encontraban en sus puertos, los hafsidas le expidieron, por su petición, la flota de Ifriquiya, compuesta de dieciséis barcos y comandada por Zeid Ibn Ferhoun, jefe de la marina de Bugía. Esta escuadra, cuyos navíos se abastecían en los puertos de Ifriquiya, tales como Trípoli, Cabes, Djerba, Túnez, Bône y Bugía, llegaron a las aguas de Ceuta. La flota de los dos Magreb, en número de una centena de barcos, se reunió allí también.

Habiendo completado el sultán el equipamiento de su armada naval, nombra de comandante a Mohammed Ibn Ali el Azefi, el mismo que gobernaba Ceuta en el momento de la conquista de esta ciudad, y le ordenó atacar a los cristianos en el Estrecho. Los

musulmanes se endosaron sus cotas de mallas, tomaron sus armas y se fueron al encuentro del enemigo. Los dos lados se pararon durante algunos minutos; después se avanzó para coger los navíos del adversario y comenzar el combate. En menos tiempo que habría hecho falta para decir dos palabras, la victoria se decantó para los verdaderos creyentes que, habiéndose lanzado al abordaje, masacraron las tripulaciones a golpes de picos, a golpes de espadas y arrojaron las cadáveres al mar. El almirante, caído de los cristianos, murió en esta batalla. Se remolcaron los navíos apresados al enemigo y se le condujeron a Ceuta, donde una multitud de gente se había reunido para ver este bello espectáculo. Enseguida se llevó en triunfo a través de todos los barrios de la ciudad un gran número de cabezas que se habían cortado a los cristianos, y se encadenaron los prisioneros en el arsenal.

Después de esta victoria, el sultán tuvo una gran sesión a fin de recibir los cumplimientos de su pueblo y de oír rivalizar a los poetas celebrando esta gloriosa jornada.

#### *Derrota de los musulmanes bajo los muros de Tarifa*

Después de haber derrotado a la flota cristiana y abierto el Estrecho, el sultán hizo transportar a España los guerreros que había puesto a su sueldo, mientras tanto la flota musulmana se colocó en una sola línea, de un continente al otro. Cuando toda la armada hubo atravesado el Estrecho, Abu l-Hasan le siguió con sus familiares y sus domésticos, y, hacia fin del año 740 (27 de junio de 1340), desembarcó en la cercanía de Tarifa. Habiendo mandado acampar su tropa en las cercanías de la plaza, comenzaron las operaciones de sitio y [poco después] recibió el auxilio de un potente ejército comandado por el sultán de Andalucía, Abu l-Haddjadj, hijo del sultán Abu l'Ouélid. Estos refuerzos, compuesto de tropas zenatas, de las guarniciones de las plazas fronterizas y de gentes de la campiña, tomaron posición frente al ejército merinida y completaron así la cerca de Tarifa.

Mientras que los sitiadores empleaban contra la villa todos los recursos del arte militar, y levantaban sus máquinas para el ataque, una nueva flota, equipada por el rey cristiano, entró en el Estrecho e impidió la llegada de los convoys que debían alimentar al ejército musulmán. Se persistió, no obstante, en apretar el cerco,

a pesar de la escasez de víveres y de forrajes, a pesar del debilitamiento de las bestias de carga y de la miseria que reinaba en el campo.

El rey [de Castilla] se puso entonces a la cabeza de los pueblos cristianos y, cuando hubo conseguido su unión con el ejército de



Ilustración 30.- Dibujo representando la batalla de Tarifa.

[Alfonso IV de] Portugal, señor de Lisboa y de la Andalucía occidental, marchó contra los verdaderos creyentes que llevaban ya seis meses bajo los muros de la plaza. Habiéndose acercado a su campo, aprovechó una noche oscura para hacer pasar a Tarifa un destacamento de su ejército. Las tropas musulmanas que estaban encargadas de vigilar los movimientos del enemigo no se apercibieron de nada hasta el amanecer, y habiéndose precipitado sobre la retaguardia de la columna cristiana antes que ella entrara en la villa, mataron a una parte. Luego temiendo la cólera del sultán, le



ocultaron la verdad y le aseguraron que nadie había penetrado en la fortaleza, excepto una pequeña tropa que ellos acababan de atacar. Al día siguiente, el ejército del rey cristiano avanzó, y el sultán dispuso a los suyos en orden de batalla. Cuando el combate quedó bien entablado, la columna que se había introducido en Tarifa que estaba escondida, hizo una salida contra el campo, dirigiéndose hacia las tiendas del sultán. Destrozaron a los soldados que hacían guardia y que habían intentado rechazarlos a golpes de flechas: todas las mujeres que intentaron resistir fueron muertas: las del sultán fueron masacradas y desolladas. Tal fue la triste suerte de Aicha, sobrina del sultán e hija de Abu Yahya ibn Yacob así como Fátima, hija de Abu Yahya Abu Bekr, soberano de Ifriquiya. Las tropas musulmanas, estando percibidas de lo que pasaba detrás de ellos, y viendo que su campo estaba ardiendo, perdieron su orden de batalla y huyeron. Un hijo del sultán que se había quedado en medio del ejército enemigo, a la cabeza de sus gentes, fue hecho prisionero. El mismo sultán volvió la espalda y fue a reunirse con el cuerpo del ejército musulmán. En esta desgraciada jornada muchos de nuestros guerreros encontraron la muerte.

El rey cristiano habiendo entrado en el campo, se paró cerca de la tienda y expresó el más vivo descontento de que se hubiera masacrado a las mujeres y a los niños. Habiendo ahora alcanzado el objetivo de su expedición, volvió a su país, y el soberano de Granada volvió a su capital. El sultán merinida se refugió en Algeciras, de donde se dirigió a Gibraltar, y, la misma noche, se embarcó para Ceuta.

Habiendo sometido a los verdaderos creyentes a esta doble prueba, Dios les reservó una amplia indemnización en el otro mundo y les dejó la esperanza de triunfar a su vuelta.

*El rey cristiano conquista El-Cala al sultán de Granada y reduce a Algeciras*

El rey cristiano tras entrar en su país, después de la batalla de Tarifa, atacó de nuevo a los musulmanes de Andalucía, en la esperanza de vencerles sin dificultad. Habiendo reunido las tropas de la cristiandad, puso sitio a Cala-Beni-Said fortaleza de la provincia de Granada, a una jornada de marcha de la capital. [...]

En cuanto al sultán Abu l-Hasan, fue a desembarcar a Ceuta a

fin de preparar una nueva expedición y de tomar así la revancha. Mientras sus gentes recorrían las villas del Magreb para levantar las tropas, sus caíd visitaban los puertos de mar y preparaban el armamento de una nueva flota.

IBN KHALDOUN: *Histoire des berbères et des dynasties musulmanes de l'Afrique septentrionale*, traduite de 'arabe para Le Baron de Slane, Paul geuthner, 1978, tomo IV, pp. 229-234.

### Documento 3

[IBN MARZUQ: *El Musnad: hecho memorables de Abu l-Hasan, sultán de los benimerines*, traducción de María J. Viguera]

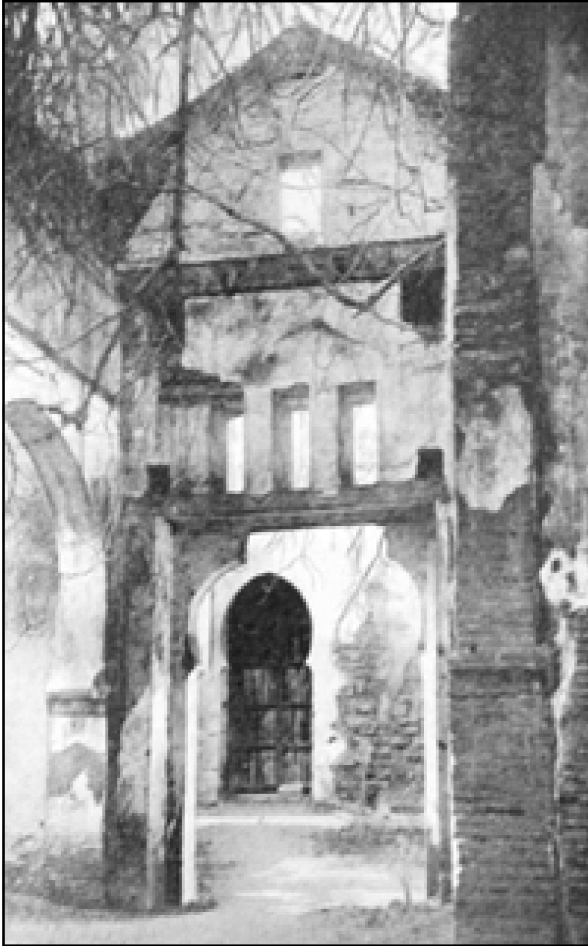
Ibn Marzuq (1310/11-1379), alcanzó un destacada posición en la corte benimerín y participó junto a Abu l-Hasan en la batalla de Tarifa

Y en cuanto a la paciencia que demostró en aquellos infortunios de los que fuimos testigos presenciales, voy a mencionar algunos ejemplos: Cuando se le trajo la noticia de la muerte de su hijo predilecto, el combatiente por la Fe, Abu Malik Abd al-Wahid, que era como las niñas de sus ojos, y que, cuando vino a despedirse de él para marchar a al-Andalus, le dijo: «Señor mío, a Dios pido que me dé la muerte estando tú con vida y que me conceda morir por la Fe.» [Abu l-Hasan] lloró y le dijo: «Hijo mío, no hagas esto.» Y él contestó: «Señor, no tengo otro propósito.» Marchó en dirección a Ronda y realizó grandes proezas, concediendo Dios la victoria a los musulmanes por su mano, hasta que se cumplió el designio de Dios y llegó el momento de recibir lo que había perdido, dándole Dios el martirio en la famosa campaña comienzo de las batallas que tuvieron lugar en al-Andalus, según se indicará en su lugar. Cuando le fue notificada su muerte, la gente hacía consideraciones [sobre la emoción que recibiría], hasta el punto que oí decir que el que le llevaba la noticia vaciló en dársela, mas cuando lo supo dijo: «Somos de Dios y a él volvemos, oh Dios, por mi desgracia recompénsame y haz que de ella me siga un bien.»

Vinieron a darle el pésame de todas las regiones, y cuando veía a alguno dando muestras de tristeza, le apartaba y mandaba que lo sacaran fuera. De su entereza y paciencia, por encima del intenso amor que le tenía [a su hijo], vimos cosas que nos causaron

asombro.

Más adelante, estuve con él, después de la gran batalla del Salado (Tarif), en la que los acontecimientos habían sido tremendos y la derrota inmensa, y no se me ha borrado su entereza y paciencia; nada antepuso, cuando llegó a Algeciras, a velar por los intereses de al-Andalus y a asegurar a su sultán, el difunto sultán Abu l-Hayyay, que él regresaba a su país pero que le auxiliaría con



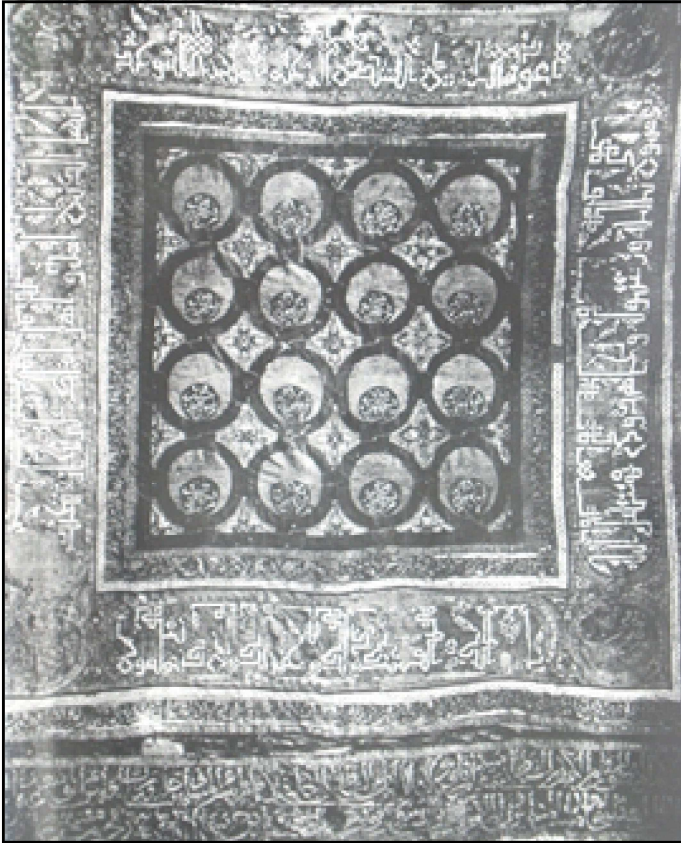
**Ilustración 31.- Mezquita de Abu l-Hasan, sultán benimerín derrotado en Tarifa. Detalle de la puerta del oratorio. Necrópolis de Chella, Marruecos.**

dinero, así hizo y así salió hacia Gibraltar (al-Yabal) aquella misma noche, inmediatamente. Cruzó luego el mar, sin ocuparse de las pérdidas que había tenido. Entré entonces a su presencia, con los que acudían, compungido y triste, y me dijo: «¿qué es esto?, ¿dónde están la paciencia y la reflexión?», y empezó a contarme: «Me hallaba en el estado que me hallaba y sufría las amarguras que sufría hasta que llegaron los alfaquíes de Fez; cuando entró a mi presencia el alfaquí Abd al-Nur, después de decir ‘¡Dios nos salve!’, se puso a recitar: ‘¡Cuántos profetas combatieron teniendo a su lado numerosos discípulos y no desfallecieron por lo que les sobreviniera en la senda de Dios...’ (continuando con la azora hasta donde dice: ‘los infieles’). Añadió (Abu l-Hasan) ‘Y se me pasó lo que tenía en el alma. Y cuando llegó el alfaquí Abu Zayd b. al Iman aumentó mi consuelo.» Y no manifestaba tristeza ni sufrimiento. [...]

Y acerca de la sinceridad de su recurso a Dios y de cómo a Él se apoyaba, [da noticia] el hecho de que nunca recurría a horóscopos y no guardaba consideración a los que lo hacían. [...]

Me encontraba yo con [Abu l-Hasan] un día en Ceuta y ya habíamos decidido el paso del Estrecho. Estaban allí también un grupo de personalidades, como Ibn Suayb –al que apreciaba muchísimo– y un sobrino de al-Sayl, de Tremecén, y otros más. El sobrino del visir Gazi estaba preocupado por esta cuestión y hablaba con el visir Amir y con otros acerca de la elección por horóscopos (ijtiyar) del momento [conveniente] para cruzar [el Estrecho] y otros detalles. Esta conversación tenía lugar ante ellos, [es decir, ante Abu l-Hasan], y [Abu l-Hasan] amenazó a Utman, el sobrino del visir mencionado, con arrestarle por este motivo, al tiempo que se apartaba de quien tales cosas había aludido. [...]

Añado: Este Corán siguió entre los bienes de los reyes de Tremecén, los Banu Abd al-Wad, hasta que nuestro difunto Imán conquistó esta [ciudad] a finales de Ramadan del año 737 (abril 1337), según hemos dicho; entonces consiguió este Noble Corán y exclamó: «aunque de conquistar esta ciudad solo hubiéramos ganado este Noble Corán [sería bastante].» A partir de entonces hizo nuestro Imán el mismo uso que de él hacían los [soberanos] almohades, llevándolo siempre delante de él, hasta que le fue arrebatado en la batalla del Salado (Tarif), lamentó muchísimo la pér-



**Ilustración 32.- Enseña personal de Abu I-Hasan, sultán de los benimerines, derrotado en la batalla de Tarifa o del Salado. Alto del paño 3,74 metros y ancho 2,67 metros. Tesoro de la Catedral de Toledo.**

dida y no dejó de esforzarse en buscarlo, hasta que tuvo noticias de que se hallaba en Portugal, y se consoló enviando a alguien para que lo recuperara, cualquiera que fuese la suma de dinero exigida. Se encargó de este asunto el comerciante Abu Ali I-Hasan b. Yammi, de Azamor, que trajo [el Corán] a nuestro señor durante el año 745 (1344-1345), mientras estábamos en Fez; le recité entonces, a modo de felicitación, cinco versos, que escuchó con gusto, a pesar de que no eran muy buenos ni muy originales; también nuestros compañeros corrieron a felicitarle por ello.

El rescate [del Corán] había costado miles [de dinares] de oro; no había sido alterado en ninguna parte, excepto que sus tapas le habían sido robadas y de su encuadernación había arrancado los adornos; continuó, pues, en su casa (gracias a Dios) y en poder de sus descendientes, entre sus tesoros, y siguieron usándolo del mismo modo.

IBN MARZUQ: *El Musnad: hechos memorables de Abu l-Hasan, sultán de los benimerines*, estudio, traducción, anotación e índices anotados por María J. Viguera, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1977, pp. 187-188; pp. 361 y p. 381.

#### **Documento 4**

[MUZA II rey de Tremecén: *El collar de Perlas*,  
traducción de Mariano Gaspar]

Muza rey de Tremecén (reino al noroeste de la actual Argelia), escribió a final del siglo XIV.

Esta causa de perturbación sólo puede ocultarse a aquel que no sea práctico en los campos de batalla. Tal sucedió a Abul-Hasan el meriní en su lucha con Alfonso el infiel; la precipitación fue causa de la derrota de aquel. Después que Abul-Hasan tomó a Tremecén en la cual fijó su residencia, haciéndola corte de su reino que comprendía los dos almagrebs, central y occidental, alcanzando un éxito mayor que el que había propuesto conseguir, resolvió trasladarse a España, como conquistador y protector del islamismo, después de haber llevado la devastación al rey cristiano y de apresarle los barcos y naves de guerra que tenía en el mar. Realizó la travesía rápidamente con todas las tropas y provisiones que había acumulado, y desembarcó en las afueras de la ciudad de Algeciras, infundiendo gran temor en el rey infiel, y en todos sus enemigos, la muchedumbre de su ejército, que ascendía a 60.000 combatientes, entre héroes, jeques, arqueros e infantes. Dirigióse a Tarifa, ciudad tan floreciente en la antigüedad como en nuestros días, y se detuvo a sitiaria. Pudo haberla tomado por asalto en un sólo día, pero no lo hizo por creer que había dentro de la ciudad inmensa guarnición y provisiones abundantes y permaneció junto a ella algún tiempo, dando ocasión a que se acercara Alfonso al frente de los infieles

confederados. En efecto, el cristiano, seguido de sus magnates y confederados salió al encuentro de Abulhasán, que a su vez había avanzado, hallándose Alfonso dispuesto para la batalla. Una vez situados los escuadrones en orden de combate y colocados los batallones frente a frente, pronto comenzó la lucha generalizándose la batalla con grande encarnizamiento, y acometieron los héroes trabándose sangrienta pelea y siguiéndose sin interrupción las cargas de las lanzas y sables.

En tal situación, vio Abulhasán que el infiel rehuía su frente separándose para caer sobre una de sus alas y encontrar ocasión de atacarle por la espalda, y cambió de posición volviéndose frente a este, cuanto le fue posible y con suma rapidez, para atacarle de improviso dando una carga compacta y vigorosa.

Pero sus compañeros que combatían en las alas, notaron que sus banderas habían cambiado de posición y que su retaguardia seguía la misma dirección que Alfonso, chocando con el mismo, y creyendo que había sido arrollado y roto su ejército, sus alas derecha e izquierda fueron deshechas prontamente y recayó sobre Abulhasán el baldón de esta derrota que humilló la cabeza del islamismo y llenó de regocijo a los idólatras. El haber cambiado de posición y la escasa resistencia que opusieron su retaguardia y sus héroes, fueron causa de su perdición y de que triunfara sobre él los confederados.

Guárdate pues hijo mío, de cambiar de posición cuando trabes la batalla, porque esta es causa de derrota, como acabamos de mostrarte en el ejemplo precedente.

MUZA II, rey de Tremecén: *El collar de Perlas*, traducción de Mariano Gaspar, Zaragoza, 1899, pp. 373-375.

## Documento 5

[AL-MAQQARI: *History of the Mahomedan Dynasties*,  
traducción de Pascual Gayangos]

Al-Maqqari (1578-1632) historiador nacido en Tremecén y radicado en El Cairo. Su obra principal es una historia sobre los musulmanes de Al-Andalus. Utilizó como fuentes obras que se han perdido.

Un historiador africano se expresa así en relación con este de-

plorable suceso. Habiendo cruzado Abu l-Hasan el Estrecho con el laudable propósito de hacer la guerra contra los infieles y socorrer a los musulmanes de Granada en su desesperada lucha contra el poder cristiano, como había sido la costumbre de sus nobles antepasados, así como de casi todos los soberanos de las diferentes dinastías que reinaron en el África occidental, desembarcó en la costa del Andalus con un ejército que sumaba unos 60.000 hombres y al que se unieron en seguida las fuerzas de Granada, bajo el mando de Abu l-Hayyay. Pero, ¡ay! Dios todopoderoso, cuyos decretos son infaliblemente ejecutados sobre sus criaturas, decidió en su infinita sabiduría que esta soberbia organización fuese dispersada como el polvo ante el viento y que Abu l-Hasan mismo tuviese que regresar a sus dominios vencido y fugitivo y que las afiladas espadas de los infieles brillasen sobre su cabeza y sobre las de sus hombres. No queremos inquirir cómo sucedió esto, pero el hecho es que millares de musulmanes ganaron ese día la corona del martirio, que las filas de los doctores y teólogos se aclararon terriblemente, al ser ejecutada la ley de la espada en sus pechos. El propio hijo del sultán y todo su harem cayeron en manos del victorioso enemigo; sus tesoros fueron el botín de los idólatras, quienes desde ese día no pensaron en otra cosa que en someter el reino del Andalus a su abominable gobierno. Entre los ilustres musulmanes que perecieron en esta ocasión esta Abu Abd Allah al-Salmani, padre del visir Lisanu-l-din Ibn al Jatib, que era un notable médico y un eminente erudito. La batalla de Tarifa tuvo lugar el lunes 7 de yumada primero del año 741 (30 de octubre de 1340).

AL-MAQQARI: *History of the Mahomedan Dynasties*, traducción Pascual Gayangos, Oriental Translation Fund., vol. 2, pp. 355-356.

## Documento 6

[AL-SALAWI: *Kitab el-Istiqa li akhbar doual al-Maghrrib al-Aqça*, traducción de Ismaël Hamet]

Abu al-Abbas Ahmad ibn Jalid al-Nasiri al Salawi  
(1834-1897) considerado como el principal historiador  
marroquí del siglo XIX.

*Narración de la guerra santa emprendida por Abu l-Hasan, del*



*combate de Tarifa donde Dios envió una prueba a los musulmanes y de otros acontecimientos*

El sultán Abu l-Hasan, después de tener noticias de su enemigo, su poder se había elevado sobre los demás y los límites de su imperio se habían extendido, decidió emprender la guerra santa que le apasionaba particularmente. En el curso del año 740 (9 de julio de 1339-16 de junio de 1340), dio orden a su hijo, el emir Abu Malik, que gobernaba las plazas fuertes, de empezar las hostilida-



**Ilustración 33.- Ejército musulmán en formación, dibujo de las Cantigas de Santa María de Alfonso X.**

des sobre el territorio enemigo y, a este efecto, le envió tropas de su capital, y se apresuró en despachar cerca de él a sus visires para que le asistieran. Abu Malik entró en campaña, recorrió rápidamente el país de los cristianos que asoló, tomando cautivos y botín, y avanzó muy cerca de su capital donde instaló su campamento.

Estando en esta posición se enteró que los cristianos se estaban agrupando para atacarle y que marchaban a toda prisa en su persecución. Entonces sus consejeros le advirtieron que debía retirarse del territorio de los cristianos, pasar el río que hacía de límite entre el territorio musulmán y la zona de guerra y acogerse a las villas musulmanas. Él rehusó con persistencia de aceptar estos consejos y se empeñó en permanecer en aquel sitio; estaba lleno de ardor y de bravura, pero poco experimentado en los asuntos de la guerra, en razón de su juventud.

Los soldados cristianos les sorprendieron por la mañana mientras dormían y llegaron hasta sus tiendas antes que pudieran poner las sillas de montar. Llegaron hasta el emir Abu Malik quien, no habiendo tenido tiempo de montar a caballo, estaba todavía en pie y lo abatieron. Exterminaron a la mayor parte de sus soldados y se apoderaron de todas las riquezas y de los esclavos que había en el campamento musulmán, después de lo cual regresaron.

Cuando el sultán Abu I-Hasan se enteró de estos acontecimientos y de la muerte de su hijo, sintió un gran dolor e imploró la misericordia divina, pidió a Dios que le compensara la pérdida de su hijo muerto en la juventud.

Despachó enseguida a sus visires a las costas del Magreb para organizar las flotas, sacó el Tesoro, revisó las tropas, las reorganizó sólidamente e hizo llamada a todos los habitantes del Magreb. Llegó luego a Ceuta para tomar todas las disposiciones en vista de la guerra santa.

Los cristianos teniendo conocimiento de sus proyectos se prepararon para la defensa y el rey cristiano hizo ocupar el estrecho de Gibraltar por sus navíos para impedir el paso al sultán. Éste, por su parte, estimuló el celo de las flotas musulmanas en todos los puertos del Magreb e hizo un llamamiento a sus cuñados, los Hafsidas, para obtener el envío de sus navíos. Los Hafsidas les expidieron bajo el comandante Zaid ben Farhoun, almirante de su marina en Bugía, llegó a Ceuta a la cabeza de dieciséis navíos de Ifriquiya, provenientes de Trípoli, Gabes, Djerba, Túnez, Bone y Bugía. Encontró en Ceuta la flota del Magreb contando cien navíos, cuya comandancia se le había dado por el sultán a Mohammed ben Ali el Azfi, el mismo que había sido señor de Ceuta cuando la

toma de esta ciudad bajo el reino del sultán Abu Said.

Su flota estaba al completo en hombres y provisiones, el sultán dió al comandante la orden de atacar a los cristianos estacionados en el Estrecho. Las naves musulmanas partieron bien agrupadas y bien armadas y, llegados a la vista de la flota cristiana, hicieron una parada un cierto tiempo. Las dos flotas se aproximaron enseguida la una a la otra, cada una tomando el orden de batalla. La acción se comprometió con dificultad y ya se anunciaba la victoria que Dios atorgó a los musulmanes sobre sus enemigos. En efecto, ellos penetraron en medio de los cristianos sobre sus naves, los exterminaron con sables y lanzas, horadando sus cuerpos de heridas dolorosas.

Mataron a su almirante y condujeron sus naves al puerto de Ceuta donde los habitantes acudieron para verlas. Un gran número de cabezas de cristianos fueron paseadas por todas los barrios de la ciudad, mientras que numerosos cautivos eran reunidos en Dar El Incha.

Esta magnífica victoria, por la cual el sultán recibió felicitaciones y los poetas vinieron a cantar en su presencia, tuvo lugar el sábado seis de Choual de 740 (5 de abril de 1340); fue para los musulmanes una de sus más gloriosas jornadas.

El sultán Abu l-Hasan tomó entonces medidas para el transporte de voluntarios y de mercancías y dispuso una cadena de navíos uniendo las dos orillas del Estrecho. Cuando todas las tropas hubieron atravesado el brazo de mar, en número de sesenta mil hombres aproximadamente, el sultán se hizo a la mar con su corte y sus servidores a final del año 740 y desembarcó cerca de Tarifa, el tres de moharram del año siguiente (29 junio 1340).

Tomó enseguida sus disposiciones para atacar esta plaza y se reunió con el sultán andalusí Abu Hadjadj Youssef ben Ismail ben Ahmer con las tropas de Andalucía compuestas de guerreros merinidas, de las guarniciones de las plazas fuertes y de los hombres provenientes de las poblaciones rurales del país. Instalaron su campamento en la proximidad del suyo y todos reunidos cercaron enteramente la plaza de Tarifa. La atacaron de todas las maneras y batieron sus muros con máquinas de guerra.

El rey cristiano había organizado una nueva flota colocada en



Ilustración 34.- Postal mostrando un momento de la batalla de Tarifa.

el Estrecho para impedir toda ayuda al campo musulmán. Pero el bloqueo de la plaza retenía a los musulmanes desde hacía tiempo, por lo que las provisiones en víveres y forrajes tocaban a su fin, la situación para ellos quedó difícil y el desorden se extendió por sus filas. Por otra parte, el rey había reclutado soldados de las naciones cristianas y el soberano de Portugal, señor de Lisboa y de la parte occidental de la Península, le prestó asistencia. Atacaron a los musulmanes cuando el sexto mes del sitio de Tarifa había expirado. Mientras que el rey se aproximaba al campo de los musulmanes envió hacia Tarifa una tropa de cristianos que puso en emboscada, reservándola para emplearla en el momento oportuno. Esta tropa penetró de noche en la plaza por sorpresa y sin saberlo la guardia musulmana que debía vigilarla y que, no habiendo conocido su presencia más que al final de la noche, dejaron sus puestos y se lanzaron sobre ellos. No pudieron alcanzar más que a los soldados de las últimas filas que no habían penetrado todavía en la villa y mataron a algunos, mientras que los otros escaparon. Te-

miendo el resintimiento del sultán, le dijeron que aparte de los que habían matado ningún cristiano había penetrado en la villa.

A la mañana siguiente, el rey marchó con su ejército al ataque de los musulmanes. El sultán puso a sus tropas en orden de batalla y, mientras que el combate estaba en lo más comprometido entre los dos ejércitos, la tropa que había de reserva en la villa, la misma que había penetrado de noche, se lanzó sobre el campo musulmán entonces desocupado y se dirigieron hacia las tiendas del sultán. Fueron recibidos por los arqueros en estaban de guardia pero que fueron rodeados dado su pequeño número. Las mujeres intentaron defenderse contra el ataque de los cristianos, pero las mataron. Alcanzaron después a las mujeres de la familia del sultán, y entre ellas, su prima paterna, hija de su tío Abu Bekr Ben Yaqoub ben Abdallah, Fátima, la hija del sultán hafsida Abu Bekr ben Abu Zakaria y otras que mataron, después de torturarlas y despojarlas de todo lo que poseían, luego saquearon todas las tiendas y le prendieron fuego.

Los musulmanes, al enterarse de lo que pasaba en su campo, rompieron las filas e hicieron un cambio súbito mientras que Tachefin, hijo del sultán Abu I-Hasan, que se había mantenido a la cabeza de un grupo de sus soldados y de sus servidores se enfrentó a los cristianos, llegando al cuerpo a cuerpo con ellos, estaba completamente rodeado y, para colmo del infortunio, cayó prisionero. Raramente los musulmanes fueron alcanzados por una desgracia tan grande com la que les golpeó en esta mañana del lunes siete de youmada segundo 741 (28 de noviembre de 1340).

El sultán Abu I-Hasan se alejó acompañado por lo que quedaba del ejército musulmán en el que gran número de guerreros habían perdido la vida.

El rey cristiano avanzó hacia el campo musulmán hasta la tienda del sultán y censuró la muerte de las mujeres y de los niños. No fue más lejos y volvió a sus estados. Por su parte, Ibn Ahmer volvió a Granada. Abu I-Hasan alcanzó Algeciras, llegó a Gibraltar y, en la tarde del día siguiente, se embarcó en sus naves para Ceuta. Dios golpeó a los musulmanes con una dura prueba; luego de recompensarles largamente.

A su retorno de Tarifa, el rey cristiano se mostró de una exce-

siva dureza con los musulmanes de España, que pensaba absorber en sus estados. Con esta intención, reunió las tropas cristianas con las cuales comenzó a atacar la fortaleza de Beni Said en la frontera del reino de Granada y a una jornada de esta ciudad.

SALAWI, AL NASARI: *Kitab el-Istiqa li akhbar doual al-Maghrib al-Aqça*, traduction de Ismaël Hamet, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1923, tomo IV, pp. 216-220.

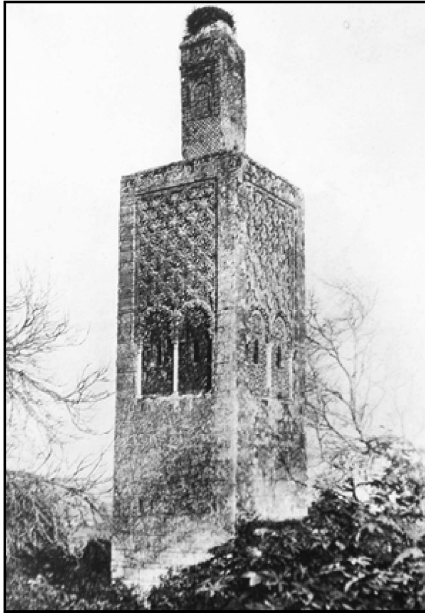


Ilustración 35.- Mezquita de la necrópoli meriní de Chella, Marruecos.

## Documento 7

[AL-ZARQASI: *Cronique des almohades et des hafçides*, traduction de E. Fagnan]

Muhammad ibn Ibrahim al-Zarqasi historiador que escribió durante el reinado de Abu Bakr ibn Othman (1456-1470).

En 741 (27 de junio de 1340), tuvo lugar la vergonzosa derrota infligida a los musulmanes por los cristianos: se llevaron todo lo que había en el campo del sultán merinida Abu l-Hasan, las mis-

mas mujeres tuvieron que defenderse contra los atacantes y fueron masacradas, después los cristianos llegaron hasta las mujeres del príncipe y las mataron y desollaron entre otras a 'A'icha, hija de su tío Abu yah'ya ben Ya'koub y Fátima, hija del sultán Abu Yahya Abu Bekr. [...]

El día de Mina 746, Abu Yahya Abu Bekr recibió a Abu l'Fadl ben Abd Allah ben Abu Medyen, secretario del sultán merinida Abu l-Hasan, a Abu Abd Allah Mohammed ben Soleyman Sati, jurista encargado de las fatuas en la corte de este príncipe y al liberto 'Anber el eunuco, enviados por su soberano para pedir la mano de la hija del sultán Abu Yahya para el emir merinida Abu l-Hasan y reemplazar así a Fatima, la hermana de esta princesa que había perecido en el asunto de Tarifa" [...]

*Chronique des almohades et des hafçides attribuée a Zerkechi, traduction française d'après l'édition de Tunis et trois manuscrits par E. Fagnan, Contantina, 1895, p. 113 y p. 116, traduction de Ismaël Hamet, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1923, tomo IV, pp. 216-220*

### Documento 8

[CONDE, José Antonio: *Historia de la dominación de los árabes en España*]

Se basó Conde en las obras de Ibn al-Jatib (historia de las dinastías de África y España en verso y con notas suyas en prosa, la historia de Granada, que intituló Plenilunio de las dinastías nasrina de Granada y tres tomos en folio de memorias arábicas); también utilizó para las cosas de Granada la historia de sus reyes escrita por Abdala Algiazami de Málaga; la que escribió Ahmed Almaxarsi del reinado de Juzef Abul Hagiag; y para los benimerines, escrita en verso y en prosa por Ismail ben Jucef, amir de Málaga, intitulada Olor de la rosa.

En este tiempo vino nueva del Rey Juzef ben Ismail, como el Rey de Fez Aly Abul Hasan ben Otman ben Jacub ben Abdelhac de Beni Merin había pasado el estrecho, y conseguido una completa victoria naval sobre los Cristianos, que había peleado con ellos el día Giuma nueve de Safer del año setecientos cuarenta y uno (1340), que su armada era de ciento y cuarenta galeras, que con ellas ha-

bía rodeado a las de los enemigos, y muchas había hundido y muchas apresado con toda su gente y provisiones. Esta venturosa nueva se celebró en Granada con iluminaciones, fuegos y grandes fiestas y zambras, que duraron toda la noche, y al punto mandó el Rey que sus caballeros se dispusiesen para ir en su compañía a recibir y visitar al Rey de Fez. Luego fueron viniendo los alcaides de las fronteras y otros principales caballeros, y partió el Rey a su visita con muy lucido acompañamiento, y llegó a Algezira Alhadrá el día veinte [*Nota al pie*: El Salamani y otros dicen que fue en sábado seis de Xawel, y el campo de Tarifa en trece de Muharram del año setecientos cuarenta y uno; pero no parece cierta la fecha.] del mismo mes, y el Rey de Fez holgó mucho de aquella visita de Jezuf ben Ismail, y comieron juntos con sus principales caudillos. Traía el Rey de Fez gran gentío de infantería y caballería, y para no perder tiempo concertaron poner cerco a la ciudad de Tarifa y luego movieron sus gentes, y fueron delante de Tarifa y acamparon allí en tres del siguiente mes, y principiaron a combatirla con máquinas e ingenios de truenos que lanzaban balas de hierro grandes con nafta, causando gran destrucción en sus bien torreados muros. Durante el largo cerco envió el Rey de Fez sus caudillos Aly Alar y Abdelmic con ciertas escogidas compañías de Zenetes, Gomares y Mazamudes a correr la tierra de Xeres y de Sidonia, Lebrija y Arcos, y fueron sus algaras estragando la tierra, robando ganados, quemando casas de campo, y asolando aquella comarca como una tempestad de truenos y relámpagos. Los Cristianos que guardaban aquella frontera salieron contra este campo de Almogáraves que tanto mal y daño les hacía, y hallaron a los Muslimes donde menos lo recelaban estos. Sobresaltados con el imprevisto ímpetu de los enemigos, y embarazados con la rica presa, apenas acertaron a ponerse en orden para defenderse, y llenos de confusión y espanto sin atender a sus valientes caudillos huyeron de los Cristianos. Entre los que peleando vendieron bien caras sus vidas fueron los dos ínclitos caudillos Abdelmalic y su primo Aly Atar, ambos cayeron de los primeros por animar a los suyos a la pelea, entre los que hicieron lo que les convenía quedaron mil quinientos Muslimes, Zenetes y gomares tendidos en los campos de Arcos para agradable pasto de aves y fieras.





**Ilustración 36.- Dibujo que representa el momento en que el arzobispo de Toledo detiene al rey Alfonso XI que pretendía acometer personalmente al enemigo.**

La nueva de este desmán llenó de sentimiento a todos los Muslimes y de despecho al Rey de Fez y al de Granada, en especial por la pérdida de aquellos dos nobles caudillos. Escribió el Rey de Fez a sus Alcaldes de África que le envasen nuevas tropas, y también el de Granada hizo llamada de sus gentes con ánimo de tomar cumplida venganza.

Los Cristianos que estaban cercados veían cada día aumentarse el campo de los Muslimes, y que su innumerable gentío cubría ya montes y llanuras. Enviaron sus cartas repitiendo súplica a sus reyes para que los socorriesen así al Rey de Castilla como al Rey de Portugal. El de Castilla estaba a la sazón en la ciudad de Sevilla, y luego allegó sus gentes y vino con poderosa hueste, y también vino con escogida caballería el de Portugal, y vinieron con gran chusma estos dos tiranos y cuando llegaron a Hijarayel [La peña del ciervo] avistaron el campo de los Muslimes que al punto se movió contra ellos, pues los campeadores había anunciado la

venida del enemigo. Acaudillaban los dos Reyes sus esforzadas tropas, y los dos tiranos también ordenaron sus haces para la pelea; pero como ya fuese a puesta del Sol, a los unos y los otros pareció poco espacio de tiempo el que del día quedaba para darse batalla, y no querían que la ya cercana venida de la noche, interpusiese treguas a sus hostiles intenciones. Así fue que en aquella tarde ni los campeadores salieron de sus ordenanzas, ni se permitió salir a escaramuzas con los contrarios, y ambas huestes se temieron y respetaron mutuamente. Pasaron aquella noche esperando con impaciencia, con incertidumbre y temor la venida del alba. Los caudillos dieron sus órdenes a los capitanes y adalides, y estos en sus banderas esforzaban a sus tropas para la pelea ofreciéndoles la victoria si mantenían animosos y constantes la sangrienta lid. A la venida del alba y en el punto que principiaban a clarear el día se oyeron las trompetas de los enemigos y estremeció la tierra al estruendo de los atambores Muslímicos, confundiéndose con los alaridos y atakebiras el agudo sonido de los lelíes y bocinas. Corría en medio de ambos campos el Wadacelito, y los campeadores Cristianos se adelantaron al paso del río, salieron a encontrarlos a toda brida los esforzados Zenetes y Gomares y la caballería de Granada trabáronse ambas huestes peleando con igual valor y constancia, y en lo más recio de la sangrienta batalla comenzaron a remolinarse ciertas cábilas Alárabes, atropelladas de la caballería armada y cubierta de hierro que las acometió, de suerte que fueron desbaratadas y divididos por los enemigos. Al mismo tiempo salieron de la ciudad los cercados y se apoderaron del real de Abul Hasan, y de su harén y riquezas, y al punto todos los africanos abandonaron el campo de batalla, que mantenían solos los andaluces acaudillados por el rey Jucef. Viendo éste que la flor del ejército enemigo cargaba sobre los suyos, y que los africanos huían por todas partes mandó a sus alfereces retirarse peleando hacia Algeciras antes que todo el ejército vencedor los rodease, y así lo hicieron dejando sangrientas huellas en su retirada. El rey de Fez se acogió a Gibraltar y en el mismo día infausto de la batalla se embarcó y pasó a Ceuta. Fue esta cruel batalla de Wadalecito día lunes siete de la luna de Giumada primera [*Nota al pie*: El Salami dice giumada postrera] del año setescientos cuarenta y uno. El campo quedó cubierto de

armas y cadáveres, y fue memorable esta matanza y pasó a proverbio entre los enemigos aquel aciago día.

Avisaron los campeones al rey Jucef ben Ismail como los enemigos les tenían tomados los pasos en su retirada con innumerable chusma, y así volvió a Granada por mar en sus naves y desembarcó en Almuñecar. En la ciudad hubo gran duelo porque en aquella batalla murieron muchos nobles granadíes, y entre ellos el principal cadí de Andalucía Abú Abdalá Muhamad Alascari. Después de esta victoria fue el rey de Castilla sobre Calaseyeb y la cercó y la combatió con máquinas, y los de la ciudad aterrorizados se entregaron al rey Alfonso por aveniencia saliendo salvos los moradores [...]

CONDE, José Antonio: *Historia de la dominación de los árabes en España*, Marín y Compañía, Editores, 1874, pp. 291-293.